

A young girl is walking on a grassy field. She is wearing a yellow dress with a colorful pattern of various fruits like watermelon, strawberries, and lemons. She is also wearing bright red rain boots with white stripes at the top. The background is a soft-focus green field under warm, golden light.

DAMASIA AMADEO
BELLA VISTA

DAMASIA AMADEO

BELLA VISTA

EDICIÓN A CARGO DE ANA SILVIA GALÁN

 Planeta

La casa era de una sola planta y se levantaba discreta y rectangular en una esquina, entre una calle de asfalto y otra de tierra. A la de asfalto la dividía una franja de brea protuberante y un poco blanda, una suerte de línea de demarcación entre ambas veredas.

La calle de tierra, en cambio, era una mezcla de polvo marrón claro, cantos rodados, escombros y cascotes que, cuando soplaba el viento norte, formaba unos remolinos endemoniados, un verdadero festín para los chicos de ambos lados y un suplicio para los grandes. Con el viento nos volvíamos exploradores. Cubiertos de tierra de arriba abajo, separábamos los minerales del suelo que quedaban al descubierto hasta que el viento amainaba y el polvo se asentaba otra vez en la calle y pasábamos a otra cosa.

La entrada de la casa estaba en la ochava y desde allí se descendía levemente hacia el sendero por donde ingresarían con los años los sucesivos modelos de Citroën de mi abuelo. El portón, de madera clara y construido por las manos fornidas de mi padre —que entonces tenía el aspecto de un leñador o de un guardaparque, con sus eternas camisas escocesas y sus pantalones anchos de corderoy—, pienso ahora que quizá no haya sido de pino sino de algún otro árbol de madera noble. A la altura media de cada hoja y colocados en perfecta simetría, sobresalían dos anillos de metal oscurecidos por el óxido y el tiempo. Las aldabas (supe mucho tiempo después que así se llaman esos objetos), apoyadas sobre sus respectivas bases del mismo metal y atornilladas a los tablones, bien podrían haber servido de llamador. Pero nadie las usaba, porque más arriba, una campanita de bronce aferrada a una viga que le hacía de yugo se mecía a través del hueco de aire entre las maderas, como pequeña centinela destinada a los extraños que el viento agitaba sin mayor esfuerzo. Por la hendidura de esas maderas también era posible vislumbrar, en puntas de pie o pegando un salto —según la estatura del que espíara— las plantas más corajudas del jardín del frente de la casa.

En esa época, las visitas llegaban sin aviso, tocaban la campanita y enseguida alguno de la familia salía a recibirlos; la excepción eran los *hare krishna* y los mormones, que recurrían a estos llamadores con insistencia hasta que nos cansábamos del sonido y nos dignábamos a atenderlos. Cuando los teníamos enfrente, entusiastas y constantes, los predicadores iban extrayendo de sus magros portafolios biblias, folletos y demás revistas proselitistas, cada uno arengando en defensa de las bondades de su credo con el objetivo de adoctrinarnos, aunque sin mucho éxito de su parte. Un halo de misterio rodeaba a estos visitantes. Sobre todo a los de túnica naranja, cabeza rapada y viborita retorcida que caía por el cuello hacia la espalda, resabio tenaz de lo que debía de haber sido antes del afeitado una cabellera común y corriente. Producían más curiosidad estos estraños que los de traje azul y camisa blanca; incluso, que las mujeres de polleras largas, medias de nailon beige y mocasines, aunque todos ellos igualmente uniformados, así estuviéramos en invierno o verano. A mi padre estas visitas le ponían los nervios de punta, aunque a los *hare krishna* los toleraba un poco más; a veces, los retenía en un diálogo sin ton ni son, portón abierto de por medio, porque le divertía la extravagancia de la imagen y el discurso

enmarañado. Mi madre los calificaba como lo haría después con sus pacientes: decía que eran psicóticos compensados, o algo por el estilo. A mí me asustaban un poco, pero también me intrigaba verlos venir en grupo desde el fondo de la cuadra, con sus trapos anaranjados ondeando al viento, las sandalias de tiento cruzado hasta las pantorrillas y munidos de todo tipo de instrumentos musicales. Hoy, los *hare krishna* están *aggiornados*, se los puede ver deambulando por la ciudad con cómodas sandalias de goma tipo *birkenstock*, camperas de cuero sobre la túnica y jeans debajo, cuando la estación del año lo amerita.

Yo no tendría más de siete u ocho años. Estoy sentada en el cordón de la vereda, jugando sola a la payana y de pronto siento flamear unos trapos anaranjados a mi alrededor, en un círculo que me encierra. Levanto la mirada y veo a cuatro, cinco o no sé cuántos, tampoco si son varones o mujeres, tocando tambores y un pianito portátil. La ropa y las trenzas se balancean en el aire y yo, asustada, me paro, quiero escapar, y uno de ellos no tiene mejor idea que tomarme del brazo. «Quedate tranquila», me dice, «¿cómo te llamás, hay algún mayor en tu casa, tu papá, tu mamá?». No respondo, y él insiste, siempre nos dicen que no hablemos con extraños

y yo no suelto palabra. Sacudo su brazo, pero me pasa la mano por la cabeza y un escalofrío helado me recorre el cuerpo. El miedo me impulsa porque le grito: «¿Y a vos, qué te importa, tarado?». Ellos se ríen, les hace gracia mi reacción pero a mí no, su risa es la risa interminable del diablo. Por suerte, encuentro un hueco entre sus telas y salgo corriendo. El portón está abierto. Entro, lo cierro y me quedo tiesa del otro lado. Trepo por las maderas del portón —en forma de Z, las manos arriba, abajo los pies— y los espío: ahora los instrumentos están en el piso y ellos ojean unos libros. Mi corazón, que se había desbocado, se calma. Estoy sujeta a la madera, conteniendo la respiración para que no me descubran, cuando suena la campanita. Me voy al piso. El ruido de la caída los alerta y también a Marta, la chica que trabajaba en mi casa, que sale corriendo con una escoba en la mano, porque estaría barriendo, y me levanta. Abre, y cuando los ve casi pegados al portón, supone lo que debe suponer: que ellos eran la causa de todo, y empieza a dar escobazos en el aire. En un santiamén, los anaranjados se van y ella entra muerta de risa, a curar mi rodilla sangrante. Marta repitió esa anécdota ese día y otros, y cada vez se reía como esa mañana en la que, para mí, que tenía

otra versión de los hechos, los anaranjados habían querido secuestrarme.

Más miedo que los predicadores me inspiraban las gitanas, siempre de a dos o tres, para aumentar la eficacia del acoso, en unos casos, leve, y en otros, no tanto. Sería un sábado, porque estaba el abuelo en casa; sonó la campanita y alguien, distraídamente, abrió el portón, pero no les franqueó el paso, lo que no les importó porque entraron bien campantes. Llevaban baratijas en una bolsa, una excusa, ya que les interesaba ver lo que teníamos y pedirlo. ¿Me regalás esto? ¿me vendés esto otro? Dame la mano y te leo la suerte, decían. Nosotros las mirábamos, paralizados, mientras el abuelo, que estaba a cuatro manos para sacarles lo que se querían llevar y disuadirlas, que se fueran, váyanse, no quiero comprar nada, no tengo plata, era la imagen misma de la impotencia. Su porte no era lo que se dice intimidante, pero sacó fuerzas de algún lado y les pegó un grito tan fuerte que nos asustó a todos. Rápidas de mente y movimiento, dramatizaron la huida y entre sus polleras abundantes y coloridas, escondieron unos adornos que había sobre una repisa, y creo que un almohadón, o dos, mientras le gritaban «mirá que sos malo, viejito lindo», y detrás un rosario de maldiciones

que siguieron profiriendo por la vereda, hasta que se perdieron camino a la estación.

Otra de las visitas indeseables era la de una parienta chiflada que aparecía cada tanto de vaya a saber dónde, arrastrando consigo a su marido, Pirulo, un hombre esmirriado de aspecto enfermizo —seguramente con algún tipo de retraso mental—; ambos muy desaliñados y cargados con bolsas de todo tipo de chucherías. Estos parientes, aunque lejanos, también se anunciaban haciendo sonar la campanita, pero nunca los vi atravesar el portón ni supe jamás con qué intenciones deseaban visitarnos.

Yo era una niña curiosa, aunque también asustadiza. Me descolocaba su presencia intempestiva como emergiendo de las entrañas calientes del asfalto. Para que no me vieran, porque me atraían y me provocaban temor en igual medida, me aferraba a la parte interior del portón y, como a los anaranjados, los espiaba; mi tamaño me permitía pasar inadvertida para ellos, que se quedaban parados un buen rato aprovechando descansar de las bolsas, que apoyaban en el suelo, hasta que se aburrían de esperar en vano que alguien los recibiera y decidían irse. Me daba alivio ver que se alejaban, resignados por no poder sobrepasar el límite exterior demarcado por el sendero de entrada ya que, habiendo percibido

su llegada, en mi familia nadie quería molestarse en acercarse al portón. Desde mi panóptico improvisado, me quedaba mirándolos, tomados de la mano, dos figuras salidas de algún cuento que se alejaban por la calle de asfalto al fondo, hasta perderlos de vista en el borde de la avenida por la que doblarían a la derecha. Y más alivio sentía al imaginarlos en el andén de la estación, esperando el tren que los devolvería a su madriguera, escondida en un sórdido y oscuro barrio de la Capital, según dictaba mi truculenta imaginación infantil.

Estas personas me intimidaban, pero mi miedo no explica la razón de que nunca atravesaran el umbral de entrada y de que en mi familia nadie se dignara a recibirlos. Aparecían una o dos veces al año. Alguien debió de haberles dado la dirección; si no, no se entiende cómo semejantes deambuladores desorientados habían encontrado la casa. Mi padre nunca habló de esa parienta suya más que para defenestrarla y tildarla de vieja loca. Alguna vez creo haberle escuchado decir que era muy pedigüeña y que, si se le regalaba ropa o calzado, se volvía insaciable; es probable que en alguna ocasión se les haya dado una remera gastada de uno de mis hermanos, una antigua cartera arrumbada en un placard, un par de sandalias de suela de corcho que

mi madre ya no quería más... y entonces se producía la maldición: cada tanto teníamos a la pareja zumbando en los alrededores del barrio, hasta que llegaban al portón, y dale que dale haciendo sonar la campanita. Nunca formulé la pregunta esperable: ¿quiénes son, por qué no los dejamos pasar? Tal vez ya de chica, y por la visita de esta pareja singular, mi conclusión haya sido que había personas a las que se las recibía con cariño y otras, a las que no. O que a los parientes, por la sola razón de serlo, no se les franqueaba la entrada así nomás.

La casa es el refugio, el espacio inviolable en el que somos nosotros mismos, hacia arriba o hacia abajo en la amplia escala humana que todo lo alberga: virtudes, defectos, hábitos, manías. Y esos parientes lejanos, quizá necesitados, eran ajenos a la casa y a nuestra vida diaria. O así lo comprendí con mis pocos años. Éramos una familia de seis personas y mi abuelo; él cerraba el círculo de seguridad necesario para nuestra infancia. Los abuelos apuntalan la niñez y no pocas veces detectan lo que falta —material o inmaterial, atención, escucha, cariño— y no todos, pero algunos, de acuerdo con sus posibilidades, se vuelven proveedores incondicionales.

Mi abuelo llegaba en su Citroën. El sendero por donde trepaba el vehículo con su carrocería quejosa y sonora cambiaba de aspecto del otro lado del portón. Los dos surcos de tierra y la franja de césped que los separaba se transformaban, ya en el interior, en un tablero de ladrillos. El dibujo tenía su gracia y me asombró volver a verlo en el piso de alguna galería de esas típicas casas —antes llamadas de inquilinato o casas «chorizo»— que he visitado ya adulta: dos ladrillos verticales y dos horizontales unidos por unas líneas de cemento formaban, a mi vista, un mosaico de cuatro rectángulos que se repetía idéntico y cubría la superficie exacta para el guardado del auto. Por eso la escoba, cuando rotaba por distintas manos infantiles según el turno asignado para el barrido, acumulaba, en su pasaje remolón por los ladrillos, un polvo terracota mezclado con tierra, hojas secas, restos de pastos y ramas, cáscaras de frutos, carozos, patas y alas de insectos muertos, pétalos de flores y otros desechos de la naturaleza. Cuando el ojo supervisor se alejaba o se distraía, la base de hebras de la escoba, chamuscada de pelusas, y el palo mal blandido por manos inexpertas, aprovechaban la distracción del adulto y arrastraban, presurosos, el montículo acumulado hasta un hueco de aire entre el farolito chino y la corona

de novia situados del mismo lado del portón de la campanita. Ni mis hermanos ni yo recogíamos esa basura. El cerco de ligustrina y los ramos nupciales la ocultaban tan bien que no valía la pena esforzarse. Ya la tierra, que todo lo absorbe y transforma, se ocuparía de reciclar su propia producción.

El auto de mi abuelo no fue el único vehículo que conoció la casa. Mi madre tuvo durante un corto tiempo un Renault 4 con el que nos llevaba al colegio, y mi padre, una camioneta Ford que usaba para ir a trabajar a su vivero. Como no conservo ninguna imagen de dónde los estacionaban, pienso que posiblemente esos autos durmieran en la calle. En cambio, me acuerdo muy bien del 3CV de mi abuelo: color naranja, muy resistente, de buena suspensión, lo cual lo convertía en el auto ideal para andar cargado de chicos por el barrio. Asocio al Citroën con mi infancia: sencillo, con un exterior un poco frágil, como somos los niños a esa edad. Sin duda, era económico, no requería mayores cuidados, la baja velocidad le quitaba riesgos (aunque bien podría haber sufrido la imprudencia de un vehículo más grande), y subírnos a él, cualquiera fuera el destino, siempre tenía una cuota adicional de diversión. Estaba en el camino intermedio entre un auto de verdad y otro de juguete. Con el último

modelo que compró, ya no fue lo mismo: azul y cuadrado, el Citroën Dyane carecía de la gracia del Citroën tradicional, y como nosotros íbamos dejando atrás la niñez, los paseos se fueron espaciando y perdiendo el encanto de los primeros años.

Mi abuelo venía desde el centro de la Capital hasta Bella Vista y pasaba los fines de semana con nosotros. Nada le gustaba más que estar con sus nietos, y se lo agradecíamos con el afecto que le profesábamos. Era la columna donde apoyarnos, los cimientos que proveían un sustrato estable a nuestra familia, bastante movediza e inestable. Fue una fiesta el día que se mudó a la casa que le había encargado a un arquitecto amigo, a una cuadra de la nuestra, sobre Tucumán, la calle de tierra. Antes, el recorrido que hacía desde la Capital era largo porque Bella Vista está en el noroeste del Gran Buenos Aires, cerca del río Reconquista y de la base militar de Campo de Mayo. Como la fundó un francés, Sourdeaux, en el siglo XIX, sus calles tienen nombres de franceses ilustres y su estilo, según decían mis padres, también denotaba el origen de su fundador.

Cuando ellos compraron la casa, todavía quedaban hijos por nacer. Y a medida que la prole se multiplicaba, el espacio nos iba quedando chico. Primero, nos deshicimos del garaje cubierto, que

se transformó en el living, y una parte del comedor pasó a ser el cuarto de los varones. Nuestra habitación —en adelante, «la de las mujeres»— daba al jardín del frente, en la misma línea que la de mis padres y el living comedor, de modo que la casa tenía tres puertas principales de madera y vidrio repartido, con sus respectivos postigos, que se cerraban por las noches. Seguramente, tenían llave, pero no recuerdo que las hayamos usado; nunca sabíamos dónde estaban, tampoco las considerábamos necesarias ni nos daba miedo ir a dormir sin girarlas. Y cuando en el verano anochecía, con la bomba de rocío manual que había en la casa le echábamos FLIT (la marca de un insecticida muy difundido) a los ambientes y nos íbamos a caminar por una hora más o menos; mi madre decía que ese producto no solo mataba los mosquitos sino que era muy venenoso para los humanos y que, si nos quedábamos adentro y lo respirábamos, el veneno nos mataría a todos en cuestión de minutos.

Tal vez porque íbamos los seis de paseo, o porque estaban mis padres juntos en la caminata y me sentía contenta y protegida, nunca tuve miedo de volver y que nos esperaran en la casa dos ladrones con el pañuelo tapabocas vomitado, revolcándose, intoxicados y gritando de dolor por los cólicos. El

insecticida era la trampa que les habríamos tendido, con la excusa de la batalla contra los mosquitos, en lugar de cerrar las puertas con llave como corresponde y hace la gente normal. No sé si en esa época era común en las familias no cerrar las puertas con llave, o si nosotros no formábamos parte de la gente «normal». Es cierto que había una bohemia progresista en mis padres que no se replicaba en igual medida en las otras familias de la cuadra. Pero, más allá de la idiosincrasia de cada una, me queda la imagen de sus casas abiertas y distendidas, con gente que entraba y salía a toda hora y sin mayor preocupación por el tema de la inseguridad. Yo no le tenía miedo a los eventuales ladrones, además de que tampoco abundaban en esa época, al menos en nuestro barrio nadie hablaba de ellos, pero eso no quita que me gustara imaginarlos con sus remeras a rayas, sus gorras con visera y sus pañuelos en la cara, iguales a los de las historietas que leía en la contratapa de *La Razón*, el diario que llegaba a casa los domingos por pedido de mi padre.

La última vez que vi la casa, habrá sido a mis 20 años, seguía ahí, intacta, tal como la dejamos el día que partimos, pero ya sin los mismos vecinos,

los objetos, los aromas y todo aquello que la había hecho vivir. Recuerdo que me impresionó caminar por sus espacios desolados, por sus pisos de baldosas rojas, recorrer las habitaciones vacías, y que me emocionó especialmente corroborar la presencia de la salamandra turquesa con su caño negro y robusto en el diminuto hall distribuidor. Era un artefacto encantador, alto y cilíndrico de hierro negro, de aproximadamente un metro de alto, esmaltada —entera o por partes, no estoy segura— en un precioso color celeste, como el de los jarrones chinos. Abriendo su puertita en la parte baja al ras del piso, colocábamos la leña con la que luego prenderíamos el fuego para darnos calor. Nadie dudaba de que ese objeto sobresalía, por su majestuosidad, entre los demás muebles de la casa, de un estilo bohemio entremezclado con el español. El caño que llegaba al techo, tan robusto y sólido como la base, permitía que el calor del fuego irradiara parejo por todos los ambientes, incluidos el baño de servicio y el cuartito del teléfono. Qué asombroso darme cuenta ahora de que teníamos un cuarto exclusivo para el teléfono. Más adelante hablaré de él. Y más allá, llena de misterio, la habitación de servicio, que incluía el lavadero, la tabla para planchar y algunos días de la semana a Beto, el futuro marido de Marta.